

Padre José María Valente Bover S.I

Parábola de los obreros llamados a trabajar en la viña. 20, 1-16.

La interpretación de esta parábola es de las más difíciles y controvertidas. Esta dificultad exige mayor rigor y esmero en la aplicación de los principios hermenéuticos. Dos postulados básicos se imponen, de cuyo olvido han nacido tantas interpretaciones inadmisibles. Primero: hay que establecer con la fijeza posible el punto de contacto entre la imagen parabólica y la moraleja, y a la luz de este contacto esencial determinar los demás rasgos significativos de la imagen, siempre dentro de la esfera de esta significación fundamental. Este principio, al interpretar esta parábola, todos lo proclaman; pero no siempre se observa. Segundo: hay que reconocer que la sentencia que precede inmediatamente a la parábola y que se repite al fin de ella, es su verdadera moraleja. Pruébalo evidentemente, no sólo esta repetición de la sentencia, que materialmente encuadra la parábola, sino la partícula causal que la encabeza. Del olvido de estos dos postulados ha procedido el exorbitante relieve que se ha dado a un rasgo de la imagen parabólica, el denario, que, considerado como el elemento preponderante de la imagen, ha desorientado a los exegetas, además de crear dificultades insolubles. A base de estos dos postulados examinemos el punto de contacto o correspondencia entre la imagen y la moraleja. En ésta lo sustancial es la inversión o trueque entre primeros y últimos. Semejante inversión, por tanto, ha de constituir el núcleo esencial o fundamental de la imagen: los otros rasgos, que completan este núcleo primordial, precisando su significación, serán también significativos, si bien secundarios: los demás, a pesar de su relieve o colorido en la imagen, no pasarán de ser puramente ornamentales. Ahora bien, en la imagen el rasgo en que aparece la inversión de primeros y últimos, está en que los obreros de la hora undécima son preferidos a los de las primeras horas en dos cosas: en que reciben antes el jornal, y en que la paga es proporcionalmente mayor que la dada a los de las primeras horas. Y esto segundo es precisamente de lo que se querellan los que habían «soportado el peso del día y el calor»; por lo cual presumían que, si a los de la hora undécima se les había dado un denario, a ellos les correspondía más; y al recibir solo un denario, se sintieron pospuestos y postergados. La igualdad de la paga material les parecía una flagrante desigualdad y un desconocimiento de la preferencia o primacía que se les debía.

Así enfocada la imagen ilumina la moraleja. Y también la historia. Que los gentiles fueran admitidos en la Iglesia, pero en un plano de inferioridad, lo sufrían y aun lo celebraban los Judíos; pero que la gentilidad fuera enteramente equiparada a Israel, eso los Judíos no podían sufrirlo. De ahí toda la tragedia de los judaizantes. Y el despecho de ver que, a pesare de sus protestas, los gentiles al fin eran admitidos en la Iglesia con igualdad de derechos, fué lo que les obstinó en su infidelidad. La postergación imaginada dio lugar a la exclusión. Supuesta esta significación fundamental, hay que recoger algunos otros rasgos significativos, que no carecen de importancia. Con los obreros de primera hora el amo de la viña se concierta «en un denario al día», es decir, hace un contrato de justicia conmutativa; a los de

la hora undécima, en cambio, los manda, sin más, a su viña. Este doble carácter, de justicia y de gracia, lo pone de relieve el amo, al justificar su proceder. Respecto de los primeros hace constar que ha cumplido con la justicia; respecto de los últimos dice que ha usado de liberalidad, «porque yo soy bueno». Tal es el doble proceder de Dios con los Judíos y con los gentiles, según San Pablo: con los primeros «para hacer firmes las promesas hechas a los patriarcas», por vía de justicia; con los últimos «por razón de su misericordia» (Rom. 15. 8-9). Según el mismo Apóstol, la raíz más profunda de la reprobación de los Judíos fue aquella obstinación en mantener los fueros de su propia justicia (Rom. 10, 2-3): es la misma actitud de los obreros de primera hora, que reclaman mayor salario por vía de justicia, considerando como una injusticia el que les sean igualados los de última hora.

«Es semejante... a un hombre»: fórmula abreviada, por «es semejante a lo que acaece cuando un hombre...».

«En un denario»: solía ser el salario dado a los obreros por un día de trabajo. No tiene otra razón de ser la mención del denario.

Las horas tercia, sexta, nona y undécima, contadas desde la salida del sol, equivalían en los equinoccios a las nueve, doce, quince y diecisiete de nuestro reloj.

«Comenzando por los últimos»: este pormenor tiene doble razón de ser: intrínsecamente, porque ya inicia la inversión de primeros y últimos; extrínsecamente, por cuanto da lugar a las querellas de los descontentos y a la justificación del amo, en que se halla el núcleo esencial de la imagen parabólica.

«Los has igualado con nosotros»: esta igualdad desigual, mal recibida, es la que entraña toda la inversión de primeros y últimos, en el sentido antes indicado. El que la materia de esa igualdad sea un denario o un jornal, se habet de materiali (Cfr. Act. 10, 45-47; 11, 17; 15, 8-11).

Se expresa aquí la ley de la divina providencia, la cual se desenvuelve en dos planos diferentes: el de la justicia y el de la gracia. En el de la justicia, Dios da a todos lo que les debe (en cuanto se puede hablar de deberes en Dios), y a nadie castiga más de lo que se tiene merecido; pero en el de la gracia o misericordia, Dios da a todos más de lo que merecen, a unos más a otros menos, según su libérrimo beneplácito y, conforme a su infinita sabiduría, y perdona desigualmente, en todo o en parte, conforme a sus altísimos designios, los castigos merecidos.

«Así...»: Esta partícula consecutiva es un nuevo indicio de que la sentencia que sigue es la moraleja de la parábola.—«Porque muchos son llamados.....: esta segunda sentencia ofrece dos dificultades; una textual, sobre su autenticidad, y otra lógica, sobre su conexión con la sentencia antecedente, y por tanto con toda la parábola. La autenticidad la rechazan casi unánimemente los críticos modernos, por dos razones: porque omiten la

sentencia los códices alejandrinos, y porque parece una harmonización con Mt. 22, 14. Pero estas razones son demasiado endebles. La ausencia en los códices alejandrinos (y de unos pocos más, menos importantes) se explica por su indebida tendencia a la omisión, que no contrapesa el testimonio unánime de las otras familias, comprobado por la autoridad de la Epistula Barnabae, Taciano y Orígenes. La harmonización, como en tantos otros casos, es puramente ficticia. El que Taciano contenga la sentencia no sólo no prueba la harmonización, sino todo lo contrario, dado que él solía harmonizar unos Evangelistas con otros, pero no repetir dos veces un mismo pasaje de San Mateo. Prueba además la autenticidad la dificultad misma que a primera vista ofrece su conexión con el contexto: razón por la cual más fácilmente se concibe su supresión (en pocos códices) que su interpolación (admitida por casi todos). En cuanto a su conexión con la sentencia precedente, hay que recordar que la inversión de primeros y últimos, si formalmente no entraña la exclusión de los que de primeros pasan a últimos, sí la sugiere virtualmente. Expresar o explicitar esta sugerencia virtual es lo que se propone el Maestro con la segunda sentencia, introducida por esto con la partícula causal. Y una vez admitida la autenticidad de esta segunda sentencia, queda notablemente corroborada la interpretación que hemos dado a toda la parábola de los obreros.

(José M. Bover, S.L., el Evangelio de San Mateo, Ed. Balmes, Barcelona, 1946 pág. 363-367)